

Gonzalo Sánchez G.

Profesor IEPRI, Universidad Nacional de Colombia

El investigador se propone hacer lo que podríamos llamar la “historia total” de una región, cuyo epicentro es la población de Trujillo. Pero no se trata sólo de una historia local o regional; sus imbricaciones con la historia nacional se establecen de manera tan natural, que es fácil ver en esa historia regional la historia social y política del país en el siglo XX.

En los capítulos iniciales el autor identifica a los primeros colonos, sus orígenes, la historia que traían heredada (de otras ocupaciones agrícolas; como buscadores de guacas y minas; como fugitivos, principalmente conservadores, de la Guerra de los Mil Días, o como expresidarios y prófugos de la justicia) poniendo al descubierto rasgos característicos de la construcción política del territorio, extensibles a otras regiones de la geografía nacional. Desde sus primeras páginas, el autor nos pone frente a una constatación general: espíritu aventurero pero también búsqueda de refugio, más que la misma búsqueda de tierras, son dos motivaciones centrales de los pioneros de este proceso.

Los emergentes regionalismos que surgían de procesos simultáneos en áreas limítrofes se alimentaban de la competencia por los territorios en vías de ocupación, y quedaban tempranamente marcados por portadores de otras identidades partidistas rivales. Lejos,

pues, de una visión idealizada, la colonización se nos muestra aquí como proceso inherentemente marcado por prácticas conflictivas y a menudo violentas, ilustrando, pero llevando aún más lejos los hallazgos de la historiadora norteamericana Catherine Legrand.

De la consolidación de los primeros asentamientos, el libro de Atehortúa pasa a una detallada descripción del entorno vital de los moradores. Aprendemos así que vivían inicialmente de la cacería, pero que al poco tiempo se dedicaron a actividades productivas estables, que se traducían en unos primeros sembrados de pancoger, maíz y frijol principalmente, unos cuantos caballos, unas cuantas vacas, y, con el tiempo, pastos y cultivos comerciales permanentes, como el café o el aserrío de maderas. Ante la inexistencia de la circulación monetaria, el trueque regía las transacciones de los excedentes de unos y otros. Igualmente nula era la presencia de las autoridades centrales en esta fase formativa. Allí no llegaban las campañas políticas, y la ignorancia de los acontecimientos nacionales no perturbaba a nadie. Hay en todo ello una fina atención a las tareas cotidianas de los primeros colonizadores, a las relaciones familiares y de género, a las creencias religiosas y, en general, a las ocupaciones laborales y sociales del hombre común y corriente. Hay asimismo una aguda sensibilidad a las transformaciones, a los diferentes senderos, convergentes o divergentes, de conformación de los sujetos sociales y políticos, y un extremo cui-

dado en evitar la reducción de la dinámica de unos procesos a otros, aunque todos aparezcan interrelacionados. Como lo destaca el subtítulo del libro, no se trata aquí de hacer la historia de Trujillo, sino de articular las múltiples historias que van definiendo no una unidad espacio-temporal sino más bien un campo de relaciones siempre abierto.

El autor nos muestra cómo de la colonización en tanto empresa colectiva se pasará pronto, primero, a la individualización de los intereses y por tanto a la irrupción de los conflictos agrarios (de linderos, de las apropiaciones fraudulentas, de la monopolización y acaparamiento por parte de comerciantes y empresarios agrícolas de lo que fue fruto original de tareas solidarias) y, segundo, a la escenificación de los problemas del poder en las recién fundadas comunidades políticas que de caseríos pasaron a municipio, asiento de diversas autoridades locales y de un incipiente comercio. Tales dinámicas agrarias y políticas, de manera conjugada, convirtieron la embrionaria comunidad local en soporte de grandes gamonales que se hicieron pasar por fundadores, como el conservador Leocadio Salazar. Ésta constituye la que podríamos llamar la fase rural de la conformación regional.

La fundación formal del pueblo (la alcaldía, la plaza, la iglesia, el prostíbulo, los servicios públicos, la burocracia local) desplaza hacia el incipiente casco urbano las dinámicas del poder e inaugura la política local. Apoyado en cifras, en docu-

mentos, en testimonios y no en simples especulaciones, el autor nos muestra cómo sus habitantes comienzan a tomar parte activa en la elección de autoridades legislativas y administrativas a todos los niveles. La localidad comienza a moverse al ritmo de la política regional y nacional, a sentirse parte de la nación, a integrarse al mercado a través de los arrieros y de los intermediarios, a articularse a la política a través de los gamonales, como Leonardo Espinosa. Sería quizá demasiado simplificador decir que de la colonización se pasa a la política, pero en todo caso los dos procesos se superponen. El texto es así de los pocos, de la abundante literatura histórica colombiana, en mostrar en todos sus detalles la construcción del complejo tejido que da lugar a una comunidad social y política local.

Empero, con la política llegaron las rivalidades, es decir, la controversia legítima pero también la violencia. De hecho, la creación del municipio coincidió con esa oleada de violencia poco estudiada tras la caída de la hegemonía conservadora. Más que la búsqueda de las grandes razones de la confrontación recurrente hay, en *El poder y la sangre*, un esfuerzo por descubrir lo que hoy se llamaría los microfundamentos de la violencia y la política, atizados a menudo por los cálculos electorales de los políticos que se mueven en el escenario nacional, que trastean votos, que deciden sobre los jurados electorales, que agitan para su propio beneficio latentes conflictos agrarios, que se revisten de autoridad y legitimidad con el reconocimiento de los directorios nacionales, y que, para sorpresa de muchos, fraternizan entre sí mientras dividen a muerte a sus seguidores. La política, según dice sabiamente uno de sus entrevistados, “era como una riña de gallos: los animales se matan y los dueños toman trago,

disfrutan y cobran toda la plata” (p. 133).

En este contexto, el libro permite avanzar una tesis fuerte, rica en implicaciones: la Violencia de los años cincuenta no es una violencia inaugural. Se inscribe en una violencia casi cotidiana de precarios equilibrios e inestables hegemonías políticas, y de venganzas reprimidas que sólo esperan un contexto favorable, regional o nacional, para hacer una irrupción aparentemente brusca, pero en realidad largamente preparada. A la liberalización de los años treinta, responderá la conservatización de los años cincuenta, acaudillada por el nuevo señor de la política local, Leonardo Espinosa, cuyo imperio gamonal se montará —sobre todo a partir de los años cincuenta— al amparo de las pistolas de los pájaros surgidos durante el gobierno de Laureano Gómez y fortalecidos bajo el de Rojas Pinilla, secundado por dos grandes padrinos político regionales, los dirigentes políticos departamentales Gustavo Salazar García y Nicolás Borrero Olano. La política nacional rompió los equilibrios de la política local. El municipio descubrirá así, simultáneamente, las ventajas y las desgracias de la integración a procesos más amplios de la sociedad colombiana.

Construido su feudo político, argumenta el autor, la tentación para el gamonal de convertirse también en el gran señor de la tierra se hizo irreprimible. Grupos de intermediarios y reducidos, a veces institucionalizados, como una siniestra agencia de “compra de bienes raíces”, hicieron del despojo de cosechas, ganados y parcelas de las víctimas, la fuente de expansión del imperio gamonal-terratendiente de Espinosa. Que la violencia se había convertido en empresa, en gran negocio, es algo que las víctimas sólo comenzaron a entender muy tarde. En su momento sólo veían la violencia como un asunto

estrictamente partidista, expresión pura y simple de los sectarismos atávicos. No era evidente que, como se lo dijo al autor otro de los entrevistados, Leonardo Espinosa se estuviera quedando “con el poder, los votos y las propiedades” (p. 197), eliminando incluso a los copartidarios que pudieran representar una eventual competencia por el botín. “La violencia comienza por política y se acaba robando. A la larga no es más que un negocio”, dice otro de los testimonios esclarecedores de este proceso (p. 217). Espinosa logró montar, ciertamente, un gran centro de poder despótico, pero no invulnerable. Atehortúa nos pone aquí frente a una segunda tesis central de su libro que podría formularse en los siguientes términos: el poder amasado con sangre sólo se puede defender con más sangre y se pierde eventualmente con sangre. La política municipal se volvió una incesante cadena de *vendettas*, que anudaba estrategias locales y nacionales de poder. En adelante, Espinosa nunca pudo dormir tranquilo.

Dicho imperio tuvo, ciertamente, su interregno. Cuando se inauguró el Frente Nacional, Espinosa se olvidó de sus viejos sectarismos, pero no del poder acumulado, y se acomodó sin mayores dificultades a los vencedores. De ser un poder en la sombra pasó a ser El Poder, en la vida local. Decisiones políticas, decisiones judiciales, decisiones administrativas, cargos públicos, incluido el del cura, todo pasaba por sus manos ensangrentadas. Esta concentración y personalización del poder es descrita así: “En Trujillo no se movía una hoja sin consultarle primero a don Leonardo. A la larga él era el alcalde, el juez, el concejo, las empresas municipales, la junta de ornato, todo. Tenía línea directa con el gobernador y el presidente. Traía a los políticos a Trujillo y se

subía al balcón con ellos para que todo el pueblo lo viera. Ellos no hacían sino alabarlo: ‘Don Leonardo es el prócer’, ‘ojalá en todos los pueblos de Colombia hubiera un hombre como don Leonardo’” (p. 232).

A fines de 1979, don Leonardo pudo declarar: “Llevo cincuenta y siete años en Trujillo y aquí el gobierno lo inventé yo” (p. 261). Pero tal poder feudalizante, tenía en sí el germen de su propia destrucción. Comenzó a derrumbarse por agudas divisiones internas. En los años setenta quedó atrapado en la pugna nacional de laureanistas y pastranistas, que se expresó inicialmente en votos pero quizá sólo era posible resolver con armas. En enero de 1980 cae asesinado el que parecía invulnerable dueño del poder local. ¿A manos y por orden de quién? Nunca se pudo aclarar: ¿Sus enemigos, sus antiguos aliados, trabajadores de su hacienda, sus víctimas? Todas las versiones eran plausibles. No era el fin de la violencia. La muerte del eje de po-

der durante décadas le abrió paso a la instalación de múltiples y contradictorios poderes nuevos: políticos y terratenientes en ascenso, aprovechando el vacío dejado por Espinosa; organizaciones comunitarias impulsadas por un cura con un nuevo estilo pastoral y de visible sensibilidad social; narcos emergentes, paramilitares, y guerrilleros en busca de recursos y control territorial. En el cruce de estas confrontaciones, de claros tintes mafiosos, quedaban los únicos perdedores: los campesinos. Sutilmente, sin forzar los argumentos, y con una innovadora estrategia metodológica, el autor termina mostrando cómo en realidad la historia de Trujillo es la historia contemporánea de Colombia. En el nudo de contradicciones y de violencias de esta “Colombia chiquita” se produce la gran masacre de Trujillo que cierra esta historia de poder y de sangre.

Se trata de una historia relativamente cercana como para que el relato oral pueda desempeñar un

papel central en la reconstrucción del periplo colonizador, pero siempre complementada con una exhaustiva investigación de archivos, en la cual fue acompañado por un grupo de sus estudiantes que se beneficiaron del proceso socializador de la investigación. La estructura del texto, que intercala páginas de análisis con base en una amplia diversidad de fuentes escritas y testimonios que refuerzan y complementan las fuentes escritas, le da un aire particularmente fresco y fluido al conjunto. Hechos y representaciones del conflicto aparecen en un tejido único.

Cuando muchos pudieran pensar que el tema de la Violencia estaba agotado, libros como éste –y el más reciente de Mary Roldán, *A sangre y fuego*–, nos sorprenden con nuevas propuestas metodológicas, nuevos enfoques interpretativos, nuevos hallazgos, que constituyen una invitación a las nuevas generaciones a reavivar la imaginación histórica.